

Cultura en un centro vivo

Centrópolis 15 años
El Periódico del Centro de Medellín

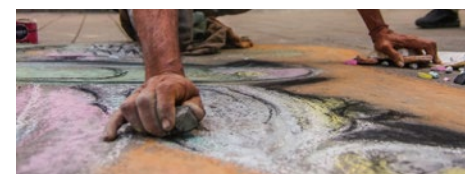
hablemos
de arte
callejero
No.3

Artistas callejeros Déjese sorprender



*Un mimo tiene mucho
para decir. Pág. 3*

Este artista del silencio despierta alegría con su talento para imitar, exagerar y caricaturizar los comportamientos humanos.



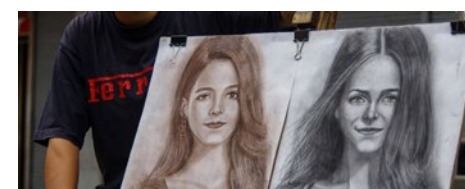
Rayando al sol. Pág. 4

Este talentoso artista usa tizas y ladrillos con una maestría renacentista. La gente se agolpa a su alrededor para ver cómo dibuja, sobre todo, arte religioso



Él baila solo. Pág. 4

A sus 87 años, Humberto Cuadros es una sola rumba. Su edad no es impedimento para entretener con sus pasos a los transeúntes del centro.



*Arquitecto de su historia.
Pág. 4*

¿Caricaturas o retratos? Andrés Chizaba, en pleno Junín, entretiene con su talento, en vivo, a los visitantes del centro de Medellín.

Una charla con Ecotrón

William decidió que no le gustan las oficinas, que lo suyo es trabajar con la gente, con los niños sobre todo, en la calle. No tiene pareja ni hijos y ha empezado varias carreras, desde publicidad, diseño de espacios, hasta administración e ingeniería industrial. No ha terminado ninguna, sin embargo hoy trabaja y lo hace con gusto.

Todos los días se enfunda un traje que el mismo diseñó y armó con tarros de pintura, una tableta con Bluetooth y algo de chatarra. Después de sacarlo de una maleta de viaje con rodachines, tarda entre 30 y 40 minutos en ajustarlo a su cuerpo. Queda parecido a una mezcla entre Robocop, Depredador y Buzz Lightyear. Se llama Ecotrón.

La pinta es medio agresiva, pero esta sensación se esfuma cuando uno escucha la voz dulce y radial hablando sobre el cuidado de nuestro hogar, la tierra que habitamos. No le niega una foto a nadie, ni ahorra palabras suaves para los más pequeños, les da la mano, los carga, se preocupa porque la foto haya quedado bien, posa como le digan, en fin.

William disfruta su trabajo como ninguno, pese al sol de la tarde de agosto que, implacable, golpea su almacén de plástico y metal. De inmediato me muestra un extractor en la cabeza, un ventilador en la espalda y algunas perforaciones en el traje que lo mantienen a una temperatura soportable y en un ambiente tan controlado que impide que su ánimo decaiga "y que me cocine al baño María", dice sonriendo.

Durante la entrevista no se quita el casco y yo tampoco se lo pido, entonces la sensación es extraña, como la de estarle hablando a un contestador o a una cámara. Pero, repito, la voz tranquila, armónica de William, rompe la barrera y ya somos un par de amigos, uno humano, otro de plástico, hablando como si tal cosa.

"Hay algunas personas que no asumen bien el tema del artista callejero y se muestran reacios a su presencia"

Lleva cuatro años como Ecotrón, en la Plaza Botero. El personaje se lo inventó cuando trabajaba con la Alcaldía en programas de enseñanza de reciclaje en asocio con el Área Metropolitana. Le quedó gustando el cuento e incluso ya quiere llevarlo a un plano digital para llegarle a más público, creando un canal en Youtube. Al terminar su contrato y mientras trabajaba como mesero en el bar Wall Street del centro, decidió darle marcha al proyecto y resultó haciendo más dinero que "meserando".

Este es su trabajo de tiempo completo, entra y sale a la hora que quiere, pero tiene que trabajar más. Tiene que ser mucho más disciplinado, pero él lo disfruta al máximo. "No es rebusque", dice. "Yo estoy aquí porque quiero, porque me encanta laborar con los chicos, con las familias, trabajarles sobre todo el miedo, porque creen que yo voy a matar a todo el mundo, como los robots que ven en las películas de Hollywood. Yo muestro esa cara amable de la tecnología". También dice que hay gente adulta que se asusta, pero una vez pierden el



A Ecotrón le encanta dar su mensaje a los más pequeños, posar junto a ellos y preocuparse porque la foto haya quedado bien.

miedo se integran con el personaje e interactúan con él.

De 10 de la mañana a 5 de la tarde, William y Ecotrón son un solo ser, una empresa. En medio de la conversación, un pequeño se acerca cauteloso y deposita unas monedas en un tarro reciclado que alguna vez sirvió para cargar aceite. William imita un "Gracias, amigo." en un tono cinematográfico. Se hace una foto con él y el infante corre feliz hacia sus padres.

"De donde vengo, que es el futuro de Medellín, ya no hay armas porque ya todo es diálogo y paz". Ecotrón

Él vive de lo que logra recoger cada día, según la temporada, y dice que estará en esas durante los próximos dos o tres años mientras el personaje está maduro. Luego piensa crear más personajes e ir a los centros comerciales o grandes concentraciones y hacer campañas sobre el reciclaje.

Dice que no tiene problemas con la gente o con Espacio Público porque aprendió el tema de servicio al cliente mientras trabajó en empresas. "Yo no molesto a nadie, no atosigo a la gente, no hostigo. Yo solo soy un personaje que camina con

su tarrito, se hace una foto con las personas y si quieren aportan, y si no...pues no". Pero no siempre es así. En Envigado me fue mal, me trataron como a un delincuente, Espacio Público de allá es una cosa muy grosera". Apunta.

William es de Medellín y trata de imprimirle algo de la idiosincrasia del país al personaje, ser jocoso, cálido, amable. Recuerda anécdotas cuando se encuentra con personas alicoradas o en manos de alucinógenos y el susto que les produce ver su figura, a veces hasta lo atacan. Los chicos, por su parte, le preguntan por las armas y él ya tiene una respuesta para eso: "de donde vengo, que es el futuro de Medellín, ya no hay armas porque ya todo es diálogo y paz".

Ser un artista callejero significa para William representar algo del talento que se da en Medellín "Pero nos falta mucho para que la gente valore lo que aquí se produce. Falta conciencia para reivindicar este arte. Esto es muy elaborado".

"Cuando vengas a hacerme otra entrevista, en dos años, el personaje estará mejor. Cuando uno hace las cosas así, con responsabilidad, a uno le va bien", dice con seguridad y se deja abrazar de un chiquillo, que ya le perdió el miedo mientras nos veía conversar.



William lleva cuatro años en Plaza Botero como Ecotrón, un personaje que él mismo creó para enseñar sobre el cuidado del planeta.

Un mimo tiene mucho para decir

La calle siempre lo ha llamado. Lleva 14 años trabajando en ella, desde que tenía 13. Eso sí, Juan Fernando es vehemente al afirmar que solo ha hecho trabajos honrados. Ha vendido minutos, agua y artículos varios. Hoy es un artista del silencio.

Hace años en una de sus jornadas como vendedor en las calles, vio trabajar a los mimos que se hacen por la zona del Banco de la República, a un costado del Parque de Berrío y le quedó sonando su arte. Durante días observó con cuidado el trabajo de ellos, cómo exageraban y caricaturizaban los comportamientos humanos. Hasta que otro mimo lo impulsó y le enseñó a pintarse, en un silencioso acto de colegaje. La primera vez se demoró tres horas, ahora lo hace en 10 minutos, incluso mientras viaja en un bus.

Para este mimo, ver cómo una persona viene aburrida y transforma su cara cuando lo ve, es la mayor recompensa.



Un mimo representa una historia a través de gestos faciales o movimientos del cuerpo. Foto ilustrativa

Lo que más le gusta de su trabajo es que le saca una sonrisa a la gente, pero muchas veces se topa con el intolerante que no soporta ser el centro de atención de la muchedumbre o que imiten de forma caricaturesca sus movimientos. "Uno se gana sus insultos, lo ponen a correr a uno y hasta sangre me han sacado. No más ahorita había por allí en Carabobo unas personas todas groseras. No les hice nada y la cogieron conmigo, me tuve que venir para acá" recuerda "Pero todo tiene su recompensa. Uno ver que una persona viene como aburrida y cambia su cara lo vale todo".

El propio patrón

Lo mejor de trabajar en la calle para Juan Fernando es el tiempo, que él sea su propio jefe, disponer de las horas como le plazca, dos horas o quince al día, ya él verá cómo las maneja y las distribuye. Todo depende, me cuenta él, del estado de ánimo propio y de la gente. A veces amanece bajo de nota y físicamente no le da, no se siente capaz y se devuelve a casa. "Pa' eso soy el patrón", ríe. Pero hay otros días que recompensa, como él mismo dice, "días en que vale la pena que uno se pinte".

Insiste en que el mejor jefe que ha tenido es él mismo y que no se ve trabajando en un lugar que no sea la calle. Sus principales "clientes", por llamarlos de alguna manera, son la gente de los estratos populares, "es gente a la que no le da pena hacer el ridículo, que se los gocen, es gente auténtica, te da confianza, no es prevenida para venir al centro y se dan cuenta de que uno es guerrerito", dice. Se queja, eso sí de los turistas gringos. "Eh, esos hijumadres son muy codos, no dan ni lástima", remata, haciendo la mímica con el brazo.

Cuando le pregunto que cómo le va con los niños, él da un respiro y dice que es de los matices que más le gustan de su trabajo. "Son los únicos clientes que me buscan", ríe. "Gracias a los niños es que gano la moneda porque son los que jalen al papá".

La única manera de comunicarse que tiene en su oficio es a través de un pito que aprendió a manejar para hablar como un muñeco de esos que uno oprime para que chille agudamente. Cuando me hace la demostración, el sonido funciona como un imán para convocar gente a nuestro alrededor a la que le parece gracioso, más que el pito, que un mimo esté hablándole a una grabadora. "El pito es parte mía, a veces hasta me olvido que lo tengo y cuando estoy almorzando o me despinto, descubro que aún está en la boca", me dice con un poco de rubor.

Hablemos del centro

"El centro ha cambiado mucho, pa' qué. Tiene sus defectos, pero se puede respirar más confianza. Uno puede andar más tranquilo, aunque no falta el desubicado". Resalta la cantidad de turistas que visita esta zona de la ciudad, algunos hasta lo invitan a almorzar porque les da tranquilidad.

Para Juan Fernando, lo más maluco de trabajar en el centro es el genio de la gente. Muchas veces lo amenazan

hasta con arma blanca, pero él se defiende diciendo que está trabajando y suelta una frase manida pero bonita "Uno está siendo parte de la solución, no del problema, ¿si me entiende?". No tiene inconvenientes con las autoridades ni con espacio público, aunque recuerda que cuando era vendedor sí lo molestaban bastante.

No le gusta trabajar en eventos masivos porque no toma licor ni le gusta recibir el que le ofrecen en esas reuniones. "Lo mío es el centro. Plaza Botero, la Oriental, el Hueco. Yo paso muy bueno allá".

El pan silencioso

Juan no es casado pero sí vive en unión libre con su pareja y sus hijastros. Él dice que este trabajo le da para vivir humildemente. No tiene un plan de salud pero tampoco se acuesta con el estómago vacío. "Yo soy de los que no se pone a pensar en lo que no tengo sino en lo que tengo". Sobre el descanso, Juan me dice que cuando su compañera descansa él la acompaña. "Mejor dicho, tengo el horario de ella, si trabaja diez horas, yo trabajo esas mismas horas."

"Lo mío es el centro. Plaza Botero, la Oriental, el Hueco. Yo paso muy bueno allá". Juan Fernando

"Yo alguna vez fui parte del problema, ahora soy parte de la solución". Me repite esta frase, nos despedimos y se va, como flotando en el aire, a imitar a un desprevenido transeúnte que ensimismado, ignora que le dio diversión a otros gratis, mientras Juan Fernando termina su acto para, lejos de su "cliente", buscar las monedas para llevar el pan esta noche a su casa y así tener algo de qué hablar.

Rayando al sol



Su arte se encuentra en el suelo de Junín, a 20 metros del Parque de Bolívar y diagonal al mítico Salón Versailles

Es difícil seguir el hilo de la conversación con José Luis Camacho, las palabras se le amontonan y le salen como por un embudo. Quiere hablar de mucho, pero sobre todo, de su jubilación. Con 62 años recién cumplidos, está obsesionado con pensionarse, cada tres o

cuatro frases retoma el tema y dice que ya le va salir el pago mensual que lo alejará de la calle y le dará tranquilidad. Mientras tanto, raya el suelo de Junín, a 20 metros del Parque de Bolívar y diagonal al mítico Salón Versailles.

Los transeúntes, asombrados, lo miran trabajar. Señalan la foto que usa José como referencia y cómo la convierte en un mural efímero, que se borrará con el indolente paso de los peatones, la lluvia y el viento sobre su obra. Dibuja sobre todo arte religioso: vírgenes, cristos, escenas bíblicas, y las adorna a veces con citas del libro sagrado. Usa tizas y ladrillos con una maestría renacentista. La gente se agolpa a sus alrededor y él no se inmuta, sigue en lo suyo, hablando casi solo. No deja espacio para preguntas, se queja del Gobierno, de Espacio Público, de su familia (su exesposa y su hija) a la que, según él, le da pena verlo dibujar en una calle del centro y por eso no tiene casi ningún contacto con ella. Dice que en la calle encontró a la mujer de sus sueños, la pintura, "porque la

otra se aburría y se fue", cuenta, con un rostro inexpresivo, resignado.

Natural de Barrancabermeja, trabajó en empresas petroleras como contratista de labores en los campos de extracción del combustible. De allí provendrá su anhelada pensión. La visita del Papa lo inspiró para trabajar el arte religioso. Le hizo un papamóvil de cartón pero jamás pudo entregárselo.

"Los transeúntes, asombrados, lo miran trabajar. Señalan la foto que usa como referencia y cómo la convierte en un mural efímero"

Es autodidacta en este tema, dice él. Allá en Santander asegura que escribió artículos y poesías para periódicos como Vanguardia Liberal. Quiere arreglarse los dientes para dedicarse al canto. Tiene una hermana abogada que quería ser concejal y que, según él, le va a ayudar a tramitar lo de la pensión, porque vuelve y toca el tema, como aquel Coronel de Gabo, que no hablaba de otra cosa.

Ojalá y le salga el pago, para que no termine como el personaje literario, cuando le pregunten que qué va a comer hoy.

Arquitecto de su historia



A sus 35 años, este talentoso artista, se define como un espíritu libre.

El apellido, el acento y la pinta lo delatan. Andrés Chizaba viene desde el altiplano cundiboyacense a instalarse en Junín. Piensa quedarse un par de meses haciendo retratos y caricaturas en vivo a los transeúntes.

Aprendió estas técnicas en carboncillo viajando diez años por Suramérica, trayecto que comenzó en Medellín. "Cuando yo llegué acá me pareció la meca de los artistas. Había pintores por todos lados y me enamoré del arte aquí. Hoy volví y ya no hay más de cuatro pintores en el centro. Nos ven como invasores del espacio público y así es muy difícil. Se va a perder una generación de artistas".

Viene todos los días, menos el domingo, de tres de la tarde hasta que se vaya la gente. Lo busca todo tipo de público. La mayoría para que les haga retratos, algunos prefieren las caricaturas. Cada retrato, en vivo o con una foto, vale 60 mil pesos. Las caricaturas salen en 25 mil.

Lo que más le gusta de trabajar en Junín es que aquí todavía hay un aprecio por el arte. "Lo que no me gusta es que la gente pide mucha rebaja. Salen con que les haga retratos en 10 mil pesos y tampoco".

Estudió arquitectura en la Nacional de Bogotá, diseñó casas y edificios y construyó la suya. La dejó rentando y se fue a recorrer el continente. Mandó su carta de renuncia mientras viajaba, le avisó a la mamá que se iba a Argentina a hacer una especialización y siguió de largo. Por eso dice que ni pareja tiene y que tampoco le hace falta. Prefiere estar solito a que lo estén molestando. "Lo que más me gusta es viajar a lo mochilero. A donde llego aprecian el arte y ahí descubrí que eso es lo que haré el resto de mi vida. He sido muy feliz. Mi rostro lo dice y mi obra también", finaliza con seguridad.

Él baila solo

A sus 87 años, Humberto Cuadros es una sola rumba. Pero no tiene pinta de costeño ni antillano. Está vestido como un campesino de Antioquia, exactamente del corregimiento El Aro, en Ituango, que dejó hace casi 40 años cuando se retiró de las labores agrícolas para venir a buscar fortuna a la ciudad.

Se para todos los días a la entrada del pasaje Junín al frente del Astor con un amplificador conectado a una memoria USB llena de música. Se lo tercia a un costado y arranca a bailar, solo, horas y horas. Lo que suene se lo danza. A veces, resulta una pareja espontánea y él no se amilana. Y baila y baila y baila y así pasan sus tardes de lunes a lunes.

"A mí me gusta mucho la música. Uno con esta edad y pudiendo moverse, pues hay que buscar la platica. A mí

me enseñó a bailar mi mamá y desde eso me encantó el baile. También toco violín, poquito, pero toco".

Desde hace tres años arrancó a bailar, primero sábados y domingos y ya todos los días de una a cinco o seis de la tarde. A veces descansa uno o dos días. Pero lo suyo ahora es bailar. Viene desde su casa en Robledo Kennedy y compra las memorias en el propio centro "y al son que me toquen bailo", ríe. "A la gente le parece mucha gracia que a mi edad esté bailando. No me da pena que me vean feliz. Pena me da es que me vean robando", dice, mientras un turista norteamericano le deja un dólar.

Tiene una hija y dos nietos de 15 y 16 años. Su esposa también tiene 87 años y vive contenta porque él se gana sus pesos. "Ella no viene porque es muy

gordita y ya no le gusta bailar. Está perdiendo la memoria pero yo no. Yo siempre se pa' dónde voy y qué voy a hacer".

Dice que su buena salud se la debe a que de joven no fue "tan" vicioso. Parrandear es bueno pero controlado. La gente en el centro lo quiere y lo respeta, se hace un promedio de 70 mil pesos diarios mientras baila y goza de lo lindo. Poquitos pueden contar ese cuento, menos, si nacieron hace casi nueve décadas.



A veces, resulta una pareja espontánea y don Humberto no se amilana. Y baila y baila y así pasan sus tardes de lunes a lunes.



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

"Proyecto ganador de la Convocatoria de Estímulos para el Arte y la Cultura 2018 - Secretaría de Cultura Ciudadana"

ISSN 1692-813X

Director: Jorge Mario Puerta Soto

Periodista: Juan Moreno

Fotografía: Omar Portela

Diagramación: NeoCiclo S.A.S.

Envíenos sus comentarios y sugerencias al correo comunicaciones@corpocentro.com